

La reparación de los monumentos antiguos en España

II

LA REPARACIÓN DE LOS MONUMENTOS DE LA PRIMERA ZONA:
PROVINCIAS DE PALENCIA, ZAMORA, LEÓN, ORENSE, LA CORUÑA, LUGO,
ASTURIAS Y SANTANDER

Para los efectos de la conservación monumental, España quedó dividida, como se ha dicho, por el Real Decreto de 26 de julio de 1929, en seis zonas.

La primera, a cargo del arquitecto D. Alejandro Ferrant, comprende las provincias de Palencia, Zamora, León, Orense, Pontevedra, La Coruña, Lugo, Asturias y Santander, siendo una de las más extensas y abundantes en antiguos edificios.

El trabajo de máximo interés y mayor importancia realizado en ella ha sido el de desmontar y reconstruir la iglesia de San Pedro de la Nave. El gran pantano que hace la Sociedad de los Saltos del Duero en la provincia de Zamora supone la inmersión del lugar en el que se hallaba. Hubo que desmontar el templo, reconstruyéndose en el pueblo de El Campillo, a unos 1.800 metros de su emplazamiento anterior. La operación, costeada con 10.000 pesetas dadas por el Estado y unas 100.000 aportadas por la Sociedad, se ha realizado en año y medio con escrupulosidad y perfección extraordinarias, demostradas al no haber habido que relabrar sillar alguno, ni añadir una sola pieza, tanto en los muros como en las bóvedas y en los arcos, volcados y deformados casi todos.

Es esta iglesia de San Pedro de la Nave uno de los monumentos más originales e interesantes de nuestra patria. La historia de su construcción es una incógnita. Verosíblemente tiénese como obra visigoda, y sería difícil pretender clasificarla dentro de otro estilo, pero si sus formas constructivas, su disposición y planta cruciforme se corresponden con los de templos de ese arte, como son los de Santa Comba de Bande (Orense) y San Pedro de la Mata (Toledo), y sus relieves decorativos con temas geométricos, hélices, rosáceas, cruces dentro de círculos y hojas de vid, en impostas y fajas horizontales, caen dentro del repertorio visigodo conocido, los relieves históricos que decoran sus capiteles eran ejemplares únicos hasta el reciente hallazgo de la ermita de Quintanilla de las Viñas (Burgos). De los numerosos

restos conservados en las grandes metrópolis visigodas de Córdoba, Mérida y Toledo, pertenecientes algunos a templos de extraordinaria monumentalidad y riqueza, y en otras ciudades de menor importancia, ninguno se encuentra semejante, al tener casi todos decoración geométrica o vegetal, y es curioso observar cómo estas iglesias rurales de San Pedro de la Nave y Quintanilla de las Viñas, perdidas en sitios apartados, engalánanse con relieves en los que aparece la figura humana en una época en la que su representación en piedra o mármol parece haber casi totalmente desaparecido en el naufragio artístico de la alta Edad Media. Pudiera intentar justificarse esa falta de rastros de relieves historiados en las ciudades visigodas de importancia, por haber continuado siéndolo durante la dominación musulmana, posible causa de que se destruyeran entonces las representaciones de carácter cristiano. Tal vez son esas dos iglesias, tan semejantes en varios de sus elementos, representativas de una última fase de la arquitectura visigoda, levantadas con posterioridad a la invasión árabe, que ni la prohibición de construir templos cristianos era tan radical como se ha supuesto¹, ni lo apartado de ambos lugares permite suponer que la presión musulmana en ese sentido pudiera actuar en ellos en forma radical y directa, como en ciudades y pueblos de alguna importancia. Admitida tal hipótesis, que no es este el lugar de razonar, serían las dos iglesias edificios de transición de la arquitectura visigoda a la mozárabe, levantados posiblemente en el siglo VIII.

El templo de San Pedro de la Nave, como el de Quintanilla de las Viñas, está construido de sillería bien labrada, tal vez procedente, por lo menos en el segundo edificio, de otros anteriores, sentada a hueso, según la tradición romana, es decir, sin mortero alguno. Para asegurar su estabilidad, se ha visto al desmontar el edificio que algunos sillares tenían grapas de madera en forma de cola de milano, metidas en sus correspondientes cajas, cogiendo dos y tres y con una longitud hasta de 70 centímetros. En las columnas, espigas de hierro verticales aseguraban basa, fuste, capitel y cimacio. Sobre el arco trifunfal encontré, empotrada en el muro, una viga horizontal que apeaba la parte situada encima de él. A pesar de tales recursos, al estar abovedado el edificio, las condiciones de su estabilidad serían deficientísimas y empujando continuamente las bóvedas sobre muros de piedras sueltas, grande el peligro de destrucción por volcamiento. Ello explica que de las bóvedas no se conservan más que las primas hiladas de algunas y de otras, como son las del crucero y la de la nave de los pies, ni aun esos restos; la ruina, sin duda, no debió ser muy posterior a su construcción. Análoga causa debió motivar que en la ermita de Quintanilla de las Viñas hayan desaparecido la parte de los pies y todas las bóvedas, con las porciones altas de los muros.

Pero hablemos de la reconstrucción. Desmontóse el edificio por hiladas, numerando y señalando los sillares para su nueva colocación. Las bóvedas, de las que tan sólo se conservan los arranques, se han completado de ladri-

¹ Gómez Moreno: *Iglesias mozárabes*, págs. 3 y 4.

llo, así como algunos arcos —los interiores de la nave de los pies y el de la puerta exterior de ésta, de la que quedaba únicamente la parte baja de sus jambas—. En ese brazo de los pies no subsistía resto alguno de abovedamiento, destruida la obra primitiva hasta el nivel de los arcos, por lo que se rehicieron los muros sobre éstos de lajas de mampostería, cubriéndole con una sencilla armadura de madera. De la linterna que debió existir en el cruce-ro, tan sólo se conservaban unos pocos sillares en las enjutas de los cuatro arcos sobre los que se levantaría; se ha reconstruido de ladrillo, guarnecido exteriormente. No había *in situ*, ni se ha encontrado resto alguno de cornisa, por lo que colocóse, rematando los muros del templo reconstruido, una losa de piedra un poco volada sobre la que avanza la teja. Queda, pues, perfectamente diferenciado de lo primitivo, por la diversidad de materiales, todo lo añadido, que ha sido lo estrictamente necesario para no dejar mutilado el edificio. Verdadera restauración fue la de la linterna, ya que no se conocía su altura ni su disposición. Entre dejar el templo desfigurado y levantarla, basándose en monumentos análogos como el de Santa Comba de Bande, optóse por esta segunda solución. Sirva de ejemplo de cómo las reglas generales que se den para la reparación de los monumentos tienen siempre un carácter muy relativo, y aun sustentando criterios de máxima restricción, hay a veces que infringirlos. Exteriormente, San Pedro de la Nave había perdido, a causa de las ruina y transformaciones sufridas, su antiguo aspecto, en el que quedaba bien acusada la disposición central y cruciforme, hoy recobrada. El templo reconstruido parece un poco seco, como de obra recién acabada; espere-mos que el tiempo y alguna vegetación le den un semblante más amable.

En otra iglesia visigoda ya citada, la de Santa Comba de Bande en la provincia de Orense, se realizan actualmente por el Sr. Ferrant obras de reparación, para las que se han destinado 8.000 pesetas. Rebajóse el nivel exterior de tierras, que en el lado norte había subido cuatro metros en relación con el primitivo; quitóse un feo repintado moderno con el que aparecía recibida la sillería exteriormente; al limpiar los paramentos interiores se han descubierto pinturas románicas en la bóveda y en el tesoro del presbiterio. En las obras de reparación se ha podido comprobar cómo esta arquitectura visigoda está todavía en la tradición constructiva romana; hemos visto en San Pedro de la Nave y en Quintanilla de las Viñas que la sillería sentóse a hueso, sin mortero, así como el empleo de grapas en formas de cola de milano, en la primera; en Santa Comba de Bande las bóvedas hiciéronse de ladrillos romanos; y romanas son también las tejas aparecidas al levantar la cubierta, y que hay que suponer formarían la primitiva del edificio. La bóveda del cruce-ro, hecha también de ladrillo, es capialzada, con peralte de 12 a 15 centímetros; las ventanillas de la linterna tienen sus jambas de piedra, mientras que son de ladrillo sus arcos; finalmente, no atizona ninguno de los sillares.

Dos mil pesetas gastadas en la cercana capillita mozárabe de Celanova, en la misma provincia de Orense, han permitido rebajar su piso interior, muy elevado también como en Bande, y limpiar los paramentos, apareciendo un revestido en el que estaba pintado con línea roja despiezo de sillares.

Otro de los trabajos realizados en esta zona ha sido la consolidación de los cubos de la muralla de Lugo, obra romana en gran parte, hecha de lajas de pizarra, que amenazaba derrumbarse rápidamente. Gastáronse en ello 13.370 pesetas.

También se han reparado algunos de los templos románicos de Zamora: Santo Tomé y Santiago el Viejo, que representan la época arcaica de este arte, y La Magdalena y Santiago del Burgo, que muestran ya una arquitectura formada, en plena madurez. Estas iglesias, como tantas otras, han sido mutiladas y desfiguradas por obras posteriores, sin interés alguno artístico ni arqueológico: sus interiores fueron encalados, sus pavimentos han subido considerablemente, desfigurando sus proporciones primitivas; tapáronse o mutiláronse antiguas ventanas, abriendo bárbaramente huecos nuevos; a ocultar el templo y modificar su aspecto exterior contribuyeron una porción de pobres construcciones y cobertizos que se han ido agregando a través de los siglos, entre ellas la sacristía, cuya necesidad no se dejaba sentir en la época románica. En Santo Tomé se gastaron 6.000 pesetas en tirar el almacén que ocultaba la fachada norte y una sacristía inmediata, en descubrir la puerta, en abrir y reparar las ventanas de los testeros de las capillas de la cabecera, en rehacer las bóvedas de éstas con cerchones de madera y reparar todas las cubiertas. Tres mil invirtiéronse en Santiago el Viejo en desmontar el presbiterio, muy volcados todos sus muros, y en reconstruirle, haciendo de cerchones de madera la bóveda de medio cañón que tuvo y había desaparecido a causa de la ruina. En Santa María de la Orta —para cuyas obras se han concedido 1.500 pesetas—, comiéntase ahora a desencalar su interior. De mayor importancia que las anteriores fue la reparación de Santiago del Burgo, que importó algo menos de 20.000 pesetas; desencalaronse también muros y bóvedas, derribóse la sacristía y unas construcciones que ocultaban la fachada sur; se rehicieron dos contrafuertes, descubriéndose la puerta de los pies, el rosetón sobre ella, que hubo que reparar, y otros huecos primitivos; se consolidaron algunas bóvedas, rebajóse el pavimento, ya que el antiguo estaba a 1,10 metros bajo el actual, y se han reparado la cubierta de la torre y los tejados.

En La Magdalena, 7.000 pesetas permitieron desencalar el interior, abrir antiguos huecos tapiados, poner cristales en todos ellos, hacer practicable la puerta de los pies que daba a un corral, recubrir con tablas los elementos de la tosca armadura de la nave y avanzar el altar mayor para la mejor visualidad del ábside.

Sobre el Duero, aguas arriba de Zamora, Toro tiene una insigne colegiata románica, bien conocida y varios pequeños templos mudéjares de ladrillo. A dos de ellos —San Lorenzo y el Salvador— ha llegado la labor del servicio de Conservación de monumentos. Gastáronse en el primero 14.000 pesetas en descubrir las arquerías ciegas de ladrillo que decoran tanto su interior como su exterior; en rebajar el pavimento de la parte de los pies, en abrir varios huecos primitivos tapados y suprimir, en cambio, otros modernos; en descubrir la puerta del muro de poniente y consolidar éste, reparando la que da entrada a la sacristía; con motivo de estas obras, han aparecido varias viejas imágenes que es-

taban emparedadas. En la iglesia de El Salvador el gasto fue de 7.500 pesetas, y las obras consistieron en desencalar sus muros y bóveda, lo que dio lugar al descubrimiento de pinturas en ésta y en el muro norte; en consolidar las pilas-tras, en el arreglo de pavimentos y reparación de las cubiertas. En la misma provincia de Zamora también se ha reparado la cubierta piramidal de la torre de Mombuey, obra románica, con preciosa cornisa de sabor compostelano.

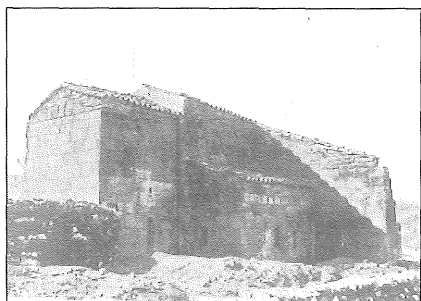
Finalmente, con 4.000 pesetas, se han reparado las cubiertas de la iglesia de Villalcázar de Sirga (Palencia), evitando que más adelante se necesiten emplear muchas más; con 10.000, se está haciendo análoga operación en la torre vieja de la catedral de Oviedo, cuyos muros interiores se han descubierto, abriendo los huecos tapiados, lo que ha permitido reconocer que la parte inferior es obra *asturiana* del siglo ix; con una cantidad igual, concedida para la gran ruina del monasterio cisterciense de Osera (Orense), se reparan actualmente las cubiertas del templo, se han descubierto las losas graníticas que formaban la primitiva de la girola, se ha saneado el exterior por el lado norte, rebajando el suelo; se ha descubierto la parte alta de la capilla más meridional de la girola, se desmonta actualmente parte de la capilla al norte del templo; que estaba muy volcada, para reconstruirla, y se desencalaron la sacristía y sala capitular.

En unos pocos años, siguiendo por este camino, se podrá hacer una labor considerable en las antiguas iglesias, tan sólo con reparar cubiertas, derribar añadidos, quitar revestidos. Ésta última operación planteará en el porvenir un problema; tanto las iglesias románicas de piedra como las moriscas de ladrillo no han tenido nunca interiormente esos materiales al descubierto. Se cubrían con revestidos y se pintaban con escenas religiosas en las partes más importantes, mientras que en el resto se fingía el despiezo con rayas pintadas. ¿Se dejarán los interiores con las fábricas al descubierto, se blanquearán simplemente, lo que siempre aseguraría su conservación, o se las revestirá? La limpieza de encalados y revestidos de esos antiguos templos, obra la mayoría de los siglos xvii y xviii, en los que triunfó la moda de los interiores de iglesias blancos, ha de proporcionar, seguramente, no pocas pinturas murales medievales que aumenten el repertorio, no muy numeroso de las conocidas.

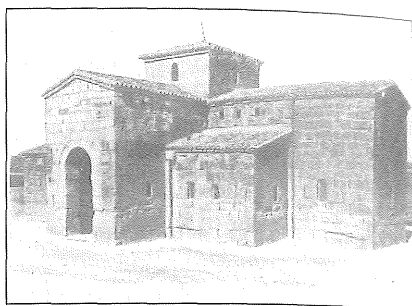
Pero, además, habrá que acometer la reparación de bastantes monumentos de la zona, de gran importancia, que se hallan ruinosos, y que exigirán esfuerzo y dinero abundantes. Recordemos, entre otros, los monasterios de Aguilar de Campóo (Palencia), cuya ruina es una de las más vergonzosas de nuestro país; de Moreruela (Zamora), Carracedo (León) y Sobrado (La Coruña), y las iglesias de Santa María de la Vega (Palencia) y de Carboeiro (Pontevedra), monumento éste capital, pintoresco con pocos y de gran belleza.

Valmont s/Glion, septiembre, 1932.

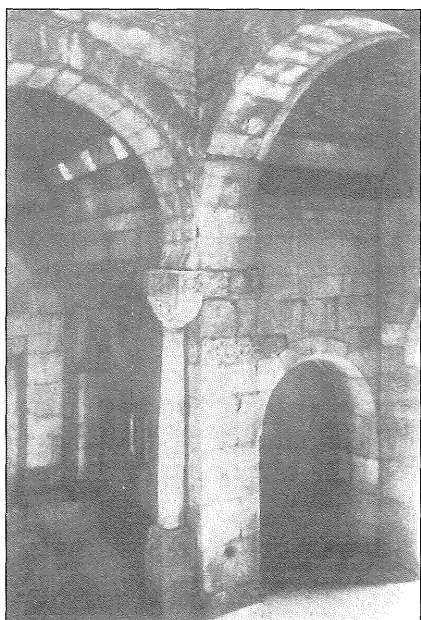
Arquitectura.
Mayo, 1933



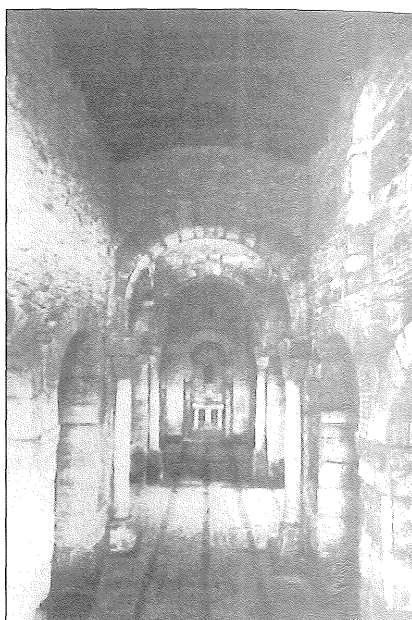
Zamora, San Pedro de la nave. Exterior de la iglesia al comenzar a desmontarla.



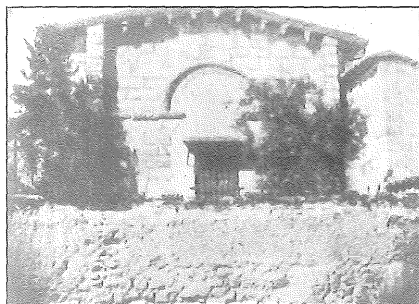
Exterior de la iglesia reconstruida.



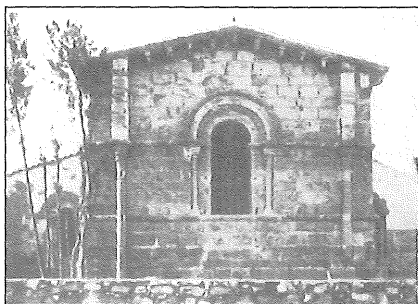
San Pedro de la Nave (Zamora). Interior de la iglesia reconstruida.



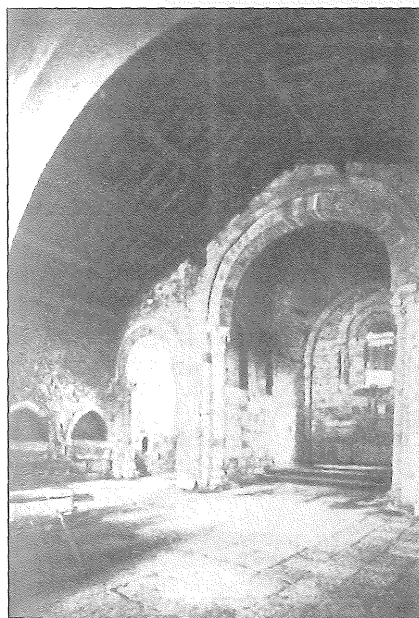
San Pedro de la Nave (Zamora). Interior de la iglesia reconstruida.



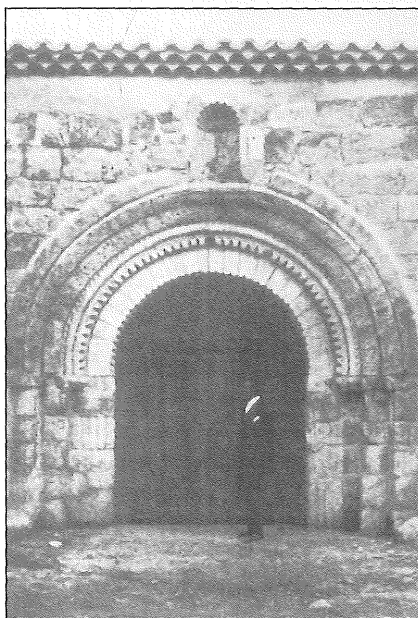
Iglesia de Santo Tomás (Zamora). Exterior de la cabecera antes de la reparación.



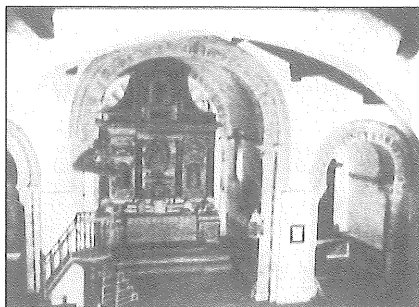
Exterior de la cabecera reparada.



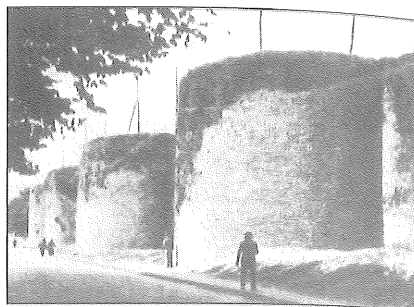
Interior de la iglesia después de la reparación.



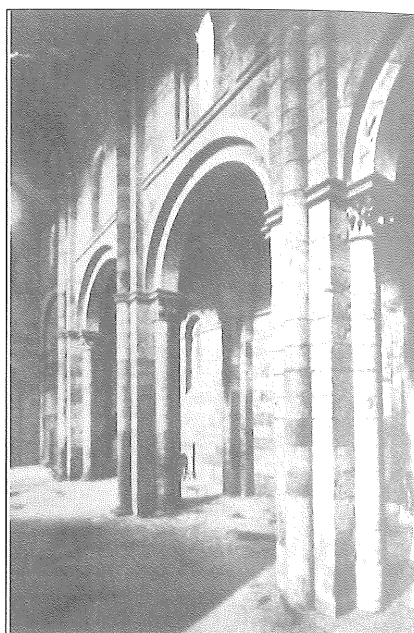
Iglesia de Santo Tomás (Zamora). Puerta en el muro N. que estaba oculta por un almacén.



Iglesia de Santo Tomé (Zamora). Interior antes de la reparación.



Lugo. Cubos de la muralla que han sido reparados.



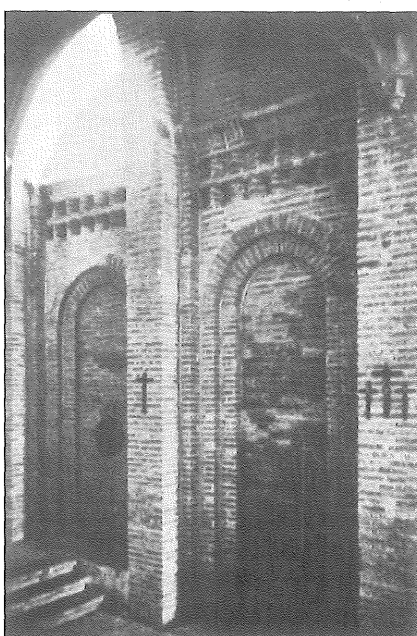
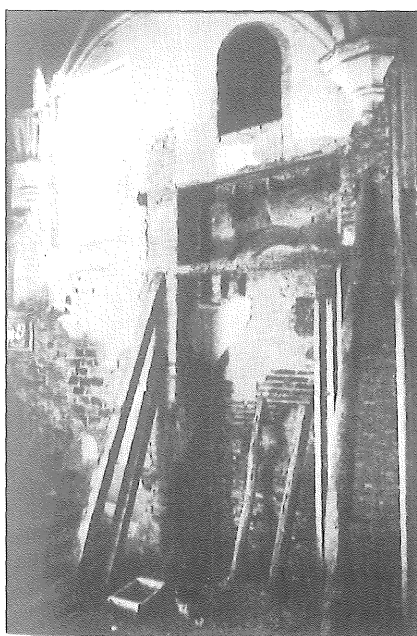
Zamora. Iglesia de Santiago del Burgo. Interior antes y después de la reparación.



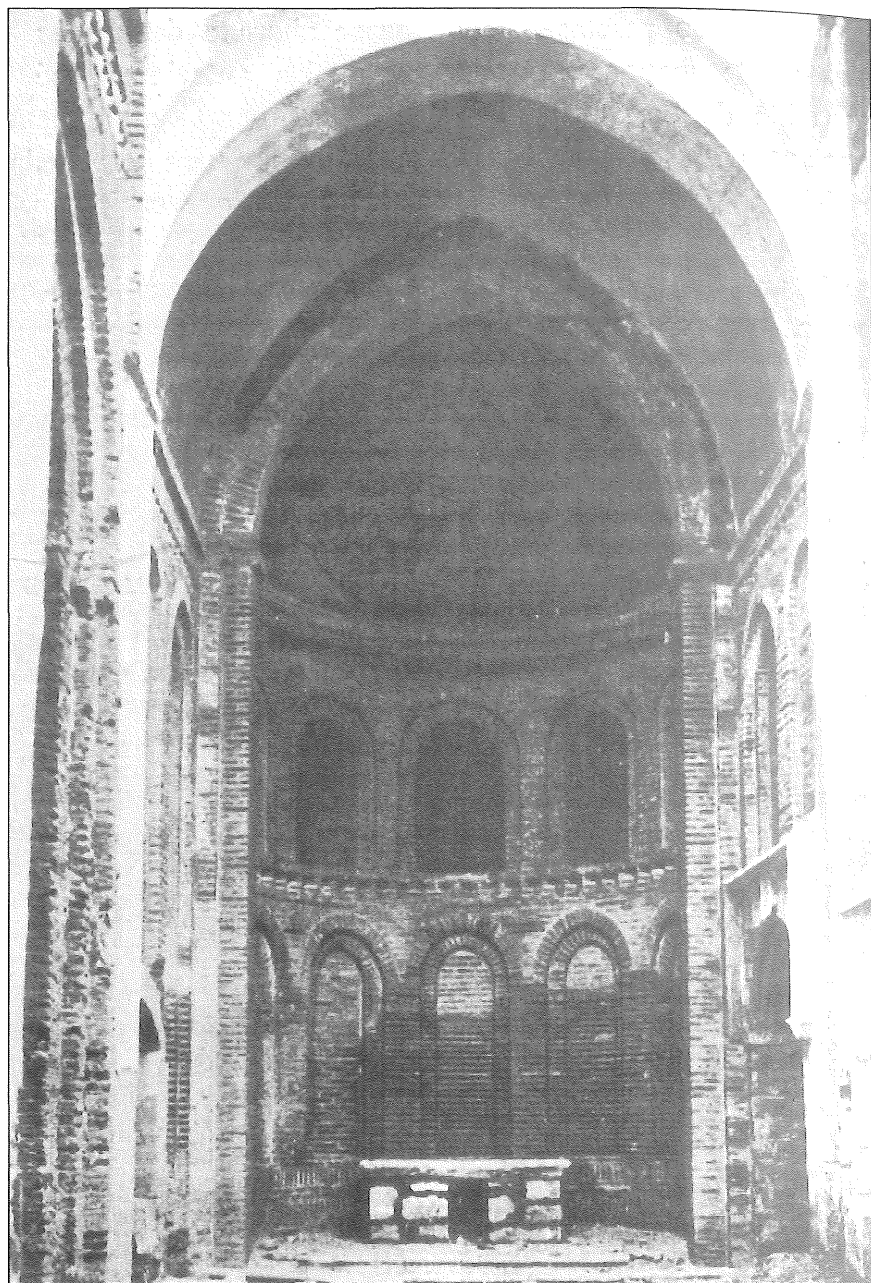
Zamora. Iglesia de Santa María Magdalena. Arriba: Interior antes de la reparación.



Abajo: Interior después de la reparación.



Toro. Iglesia de San Lorenzo. Detalles del interior antes y después de la reparación.



Interior reparado.